

Guzmán y Sendero. Después de la caída

Degregori, Carlos Iván

Carlos Iván Degregori: Antropólogo peruano por la Universidad San Cristóbal de Huamanga (Ayacucho). Actual director del Instituto de Estudios Peruanos; profesor de la Universidad de San Marcos. Autor de diversas publicaciones sobre el tema de la violencia política en Perú.

Si el hombre, como decía Shakespeare, está hecho de la madera de sus sueños, no cabe duda de que frente a Abimael Guzmán nos encontramos ante el producto de una desmesurada pesadilla. Mucho se ha hablado en estos días de su personalidad, su psicología e incluso su neurología. Quisiera resaltar la forma en que la personalidad política del capturado marcó desde un principio la historia de Sendero Luminoso (SL) y llegó a proyectarse en los últimos años sobre todo el Perú.

El proyecto senderista marca un punto de ruptura radical con el anterior ciclo de lucha armada latinoamericana, que se abrió con la revolución cubana y se cerró, simplificando por cierto, con la derrota electoral del sandinismo y la solución negociada a la guerra civil en El Salvador ¹.

En primer lugar, se trata de una ruptura con toda traza del romanticismo que impregnaba el imaginario forjado alrededor del ciclo anterior. Frente a la imagen del guerrillero heroico se levanta la del revolucionario burócrata, en el mejor y en el peor sentido de la palabra. La guerrilla clásica subestimaba el papel de la organización burocrática, recuérdese las elucubraciones de Debray sobre el partido, mientras Guzmán fue capaz de construir una organización afiatada y convertirla por propia definición en «máquina de guerra», planificadora fría de la muerte masiva: «el triunfo de la revolución costará un millón de muertos», ratificó en su aparición en televisión el 24 de septiembre de 1992. Esa misma esencia burocrática es la que le permite caer sin disparar un tiro, con minuciosos archivos partidarios, y exclamando, según dicen: «me tocó perder». En las antípodas, por ejemplo, del Che, que

¹No quiero idealizar el ciclo anterior, comparto la «crítica de las armas» que diversos autores han realizado y señalo sólo tendencias.

cae preso en combate y luego es asesinado, o de Allende, que se quita la vida antes de caer en manos de Pinochet.

Es un tipo de proyecto que se asocia más con abogados, maestros y sacerdotes, que por siglos fueron la argamasa burocrática del poder tradicional, a diferencia de los protagonistas del ciclo anterior, más asociados a literatos, artistas y bohemios, parte de una contracultura que nacía en las grandes ciudades del capitalismo periférico. Los maestros/abogados/sacerdotes, por su parte, se asocian más a las ciudades precapitalistas o a los pueblos medianos y pequeños dejados de lado por el desarrollo capitalista. Unos eran los «hijos del progreso», hijos rebeldes de un continente en expansión, cuando desarrollistas, dependentistas y marxistas ortodoxos compartían una fe ilimitada en el progreso. Por el contrario, SL conquista cabeceras de playa en la sociedad durante la llamada «década perdida» de América Latina, entre los «hijos de la crisis» para quienes su propuesta de «comunismo de guerra» puede resultar atractiva. Comunismo de guerra que implica colectivismo total, nivelación hacia abajo y posibilidad de encontrar un orden y canalizar la rabia de los excluidos sin esperanza luchando por un modelo de sociedad en la que «todo - economía, política, cultura nace de la boca del fusil».

Existen otros contrastes. Allí donde los líderes del ciclo anterior se asocian a guerrillas errantes y espacios abiertos, la trayectoria de Guzmán es sedentaria y claustrofóbica. En los años 70 nunca pronunció un discurso en una plaza pública. Se movió entre la célula, el círculo de estudios, el aula y el auditorio. En los 80, en la clandestinidad, se desplaza en la maletera de automóviles, de escondite en escondite, de habitación en habitación, de escritorio en escritorio, leyendo y escribiendo incansablemente. Aquí otra diferencia: el proyecto de Guzmán privilegia la teoría, es un proyecto ideológico y pedagógico, antes que político y militar. Por eso su énfasis en la elaboración de un «pensamiento guía», allí donde la guerrilla clásica menospreciaba la teoría y enfatizaba la acción. El contraste se advierte incluso en los cuerpos. Sedentario el de Guzmán con el torso desnudo ante las cámaras de televisión, en agudo contraste con las fotos de los restos del Che muerto en Mancahuazú. Pero a fin de cuentas los cuerpos no importan. Tampoco los sentimientos. Por eso Laura Zambrano, camarada Meche, una de las dirigentas que cayó con Guzmán, podía afirmar hace algunos años en una entrevista: «el amor tiene carácter de clase y está al servicio de la guerra popular».

Su aventura, por más sangrientos que sean sus resultados, es fundamentalmente intelectual y pretende ser «científica», doctoral. Nunca en la tradición revolucionaria - tal vez porque nunca hubo una guerrilla con alma de abogado y de burócrata -

se insistió tanto en el carácter doctoral del líder. He mencionado en artículos anteriores los afiches senderistas en cuyo centro, sobre un fondo de multitudes, banderas y fusiles, aparece un señor con terno, lentes y un libro bajo el brazo. Estos días llama la atención la insistencia de su abogado y del que ha sido llamado por la prensa su «embajador» en Londres, Adolfo Olaechea, para que se le trate como al doctor Abimael Guzmán y se le reconozca su calidad de intelectual: «Ese señor (Fujimori) no tiene la menor vergüenza ni el descaro de humillar al Perú, al trata de humillar a un intelectual, a un verdadero profesor universitario como es el doctor Abimael Guzmán» (Olaechea, La República, 17/9/1992, p. 2).

Esta insistencia tiene que ver con la necesidad de reconocimiento y legitimación de intelectuales provincianos mestizos en un país centralista y racista, pero también con la personalidad misma del futuro cosmócrata. En un libro escrito por un amigo y admirador suyo, se encuentra la siguiente descripción, que muy posiblemente ha sido conversada con el propio dirigente senderista y corresponde a su autoimagen:

«Abimael Guzmán sería un caso único entre los intelectuales revolucionarios, que accede al marxismo no por razones éticas, como búsqueda existencial o como terapia catártica para conjurar ciertas obsesiones, sino por la vía racional, después de librar abrasadora contienda en su espíritu entre el idealismo y el materialismo». Y ya desde antes: «la adolescencia y la juventud de Abimael Guzmán fue una secreta, tenaz, indoblegable y ardorosa aventura del pensamiento» (Miguel Gutiérrez: La generación del 50: un mundo dividido, edición de autor, Lima , 1988, pp. 256-257).

En todo caso, se trata de un personaje fascinante. Nadie podía imaginar que dentro del profesor más bien rollizo y de apariencia extremadamente calma, de traje tradicional y gruesas gafas que paseaba diariamente por la Plaza de Armas de Ayacucho hervían tan calcinantes fuegos. La suya era, pues, una «aventura del pensamiento», que va a tener su primer gran capítulo a lo largo de la década de 1970. Es entonces que Guzmán convierte la Universidad de Huamanga en una especie de Yenán andino donde, a la manera de Mao, produce una «acumulación primitiva de capital simbólico», que le permite convertir a Sendero Luminoso en una «comunidad de discurso» (discourse community), y a su militancia en un «pueblo del libro» (people of the Book). Esa comunidad hace posible que ciertos sectores marginales, no los más pobres, pero sí funcionalmente superfluos, colectivicen el riesgo y se muestren dispuestos a morir y matar en nombre de un «proyecto triunfador» (overcoming project)*. Y lo hacen dentro de una organización que, convertida por propia definición en «máquina de guerra», es capaz de canalizar eficazmente su dolor convertido en rabia.

Para esa comunidad de discurso, Guzmán es un cosmócrata, concentrado en la elaboración mito-lógica, capaz de convertir el mito en discurso lógico que «abriera» la mente de los jóvenes estudiantes hacia posibilidades que hasta entonces estaban fuera de su alcance. En ese proceso el cosmócrata se convierte en figura que tiene que ver más con un líder espiritual tipo Ayatolah, que con los líderes de la tradición marxista (salvo tal vez Kim Il Sung) y el «pensamiento Gonzalo» se asemeja mas bien a una versión «tibetana» del marxismo en la que la «idea» revolucionaria se encarna en determinados individuos o «espadas»: Marx, Lenin, Mao, Gonzalo, casi como el espíritu de Buda se reencarna en cada nuevo Dalai Lama.

El punto de ruptura, no sólo con la tradición guerrillera latinoamericana, que se da desde un principio (V Congreso del PCP-Bandera Roja en 1964), sino en cierta medida con el propio maoísmo, comienza a darse aun antes del inicio de la lucha armada. Sólo así, convirtiéndose en fundamentalismo, le será posible a SL iniciar su lucha armada en condiciones tan adversas, blindándose contra una realidad tan apabullantemente divergente de su lectura. Recuérdese que SL se propone iniciar su aventura en un momento crucial de la historia nacional y de la historia del movimiento comunista internacional. En ambos frentes su apuesta es, como en el título de la canción, «contra todas las posibilidades». En el Perú se viven los momentos más altos de movilización social. Son los años de los grandes paros nacionales de 1977 y 1978, que contribuyeron al repliegue de la dictadura y en los cuales SL no tiene ninguna participación. Por el contrario, en tanto eran impulsados por el PCP Unidad (pro-soviético) y otros grupos de izquierda, SL considera que los paros son «revisionistas» y «al servicio del socialimperialismo soviético». Son los años en que, además, se produce la transición democrática que le permite a la izquierda marxista convertirse por primera vez en una fuerza política de masas. En el movimiento comunista internacional, Mao acaba de fallecer en 1976. El Grupo de Shanghai, encabezado por su viuda, ha sido derrotado; la Revolución Cultural, que alimentó el imaginario de buena parte de la izquierda peruana, ha llegado a su fin.

La dimensión de esa ruptura se calibra en tres textos cruciales que Guzmán produce entre 1979 y 1980. Son, a mi entender, sus textos más impactantes. Al menos los más llenos de significado y de pasión, de potencia inversora. Su objetivo es cohesionar a su «puñado de comunistas», y utiliza para ello un recurso retórico que podríamos denominar «flash forward». Se adelanta en el tiempo y se imagina un futuro lejano, cuando el proyecto triunfador haya triunfado ya definitivamente. Trata así de abolir el tiempo e insuflar seguridad en el triunfo. La diosa Historia está de su lado. La diosa Materia, que es otro nombre para la misma divinidad, también lo está. El primer texto se llama «Por la nueva bandera», fue escrito en setiembre de

1979, ocho meses antes del inicio de la lucha armada, y comienza con una frase bíblica: «Muchos son los llamados y pocos los escogidos». La ocasión es la jura de la bandera del partido, roja por cierto, pero lo más impresionante es que el texto se centra en la necesidad de una ruptura personal, interna. «Dos banderas [luchan] en el alma, una negra y otra roja. Somos izquierda, hagamos holocausto con la bandera negra». Para ello es necesario: «Lavarnos el alma, lavarnos bien. . . Basta de podridas aguas individuales, estiércol abandonado». En realidad todo el texto está transido de frases bíblicas, algunas copiadas literalmente: «el Partido es la sal de la tierra, el árbol vivo, los otros son parásitos». Todos deberían experimentar las abrasadoras batallas intelectuales del cosmócrata, para terminar finalmente lavados y vueltos a nacer, a la manera de los cristianos renacidos. Hoy que con motivo del V Centenario se quiere enfatizar el carácter «indio» o «andino» de SL, y por tanto «ajeno» a las élites peruanas occidentalizadas, es necesario recalcar que no es posible entender dicho partido sin la tradición religiosa occidental y cristiana. El segundo texto se titula: «Sobre tres capítulos de nuestra historia». Fue escrito en diciembre de 1979, cinco meses antes del inicio de las acciones armadas. Una vez purificado, el puñado de comunistas debe saber interpretar su historia, de modo que trascienda sus circunstancias actuales y se proyecte hacia el futuro. Es aquí donde se utiliza con más fuerza el «flash forward». Antes de contarles la historia del Perú, el narrador pide a sus escuchas que se pongan «en plan de imaginación revolucionaria» y se ubiquen en la segunda parte del S. XXI y desde allí se imaginen la historia escrita indudablemente por los futuros comunistas, sus herederos. Qué dirán ellos. Y entonces el agente cosmócrata comienza la narración como si fuera un historiador del S. XXI: «Hubo una época en que prevalecieron las sombras...».

Los miles de años de historia del Perú son concentrados en tres grandes capítulos que nos llevan de la oscuridad a la luz. El primero - «De cómo prevalecieron las sombras» - abarca desde la llegada del homo sapiens a los Andes hasta principios del S. XX cuando, junto con el nuevo orden imperialista, «una nueva clase amanece, es el proletariado, y surge un nuevo capítulo». Si algo llama la atención es el poco apego al pasado. No está tratando de recuperar ningún paraíso perdido. En un país como el Perú, llama la atención la frialdad del texto frente al imperio incaico. Dentro de la visión absolutamente clasista, lo étnico no juega ningún papel. Lo que importa es el surgimiento del Estado - y las clases - en la época Wari. La conquista es un simple cambio de explotadores. El paraíso está en el futuro. El nombre de este segundo capítulo es: «De cómo surgió la luz y se forjó el acero». En él, Mariátegui y el joven proletariado peruano tienen los papeles protagónicos, hasta que, como en una cosmogonía, de la oscuridad «comenzó a surgir una luz más pura, una luz resplandeciente, esa luz la llevamos nosotros en el pecho, en el alma. Esa

luz se fundió con la tierra y ese barro se convirtió en acero. Luz, barro, acero, surge el PARTIDO en 1928...». Ya no se trata de lenguaje bíblico. Es una Biblia con su génesis proletario. Pero la historia se acelera y se vuelve vertiginosa hasta llegar al éxtasis. En efecto, el segundo capítulo culmina en la década de 1970 cuando «nuestro pueblo fue iluminado por una luz más intensa, el marxismo-leninismo-pensamiento Mao Tsetung; fuimos primero deslumbrados, al comienzo rompimiento de luz inacabable, luz y nada más; poco a poco nuestras retinas comenzaron a comprender esa luz, bajamos los ojos y comenzamos a ver nuestro país, a Mariátegui y nuestra realidad y encontramos nuestra perspectiva: la Reconstitución del Partido». Monte Tabor, Pascua y Pentecostés condensados en una sola frase. Los discípulos, esos marginales funcionalmente superfluos están listos para «hablar lenguas» y ser los protagonistas del tercer capítulo que se inicia el día mismo en que el cosmócrata pronuncia su discurso. Su título: «De cómo se derrumbaron los muros y se desplegó la aurora».

El tercer y último texto, el más importante, se titula «Somos los iniciadores». Fue un discurso pronunciado al clausurar la I Escuela Militar de SL el 19 de abril de 1980, a menos de un mes del inicio de las acciones armadas. Una vez purificados y en capacidad de interpretar el pasado, el presente y el futuro, es posible pasar a la acción. Al hacerlo, conmocionan al mundo. Porque según Abimael Guzmán el inicio de la lucha armada en los remotos Andes peruanos significa que «entramos a la ofensiva estratégica de la revolución mundial». El cosmócrata traza un hilo que va desde las luchas más antiguas de las masas, pasando por la Comuna de París, la Revolución de Octubre, la Revolución China y la Revolución Cultural hasta llegar a ese día en el cual: «toda esa grandiosa acción de siglos se ha concretado aquí. La promesa se abre, el futuro se despliega: ILA 80». ILA son las iniciales de: «iniciar la lucha armada». Según Abimael Guzmán, ILA 80 es posible porque existe el equilibrio estratégico a nivel mundial, y a su vez lo hace posible. En el equilibrio:

«El pueblo se encabrita, se arma y alzándose en rebelión pone dogales al cuello del imperialismo y los reaccionarios, los coge de la garganta, los atenaza; y necesariamente los estrangulará, necesariamente. Las carnes reaccionarias las desflecará, las convertirá en hilachas y esas negras piltrafas las hundirá en el fango; lo que quede lo incendiará y sus cenizas las esparcirá a los vientos de la tierra para que no quede sino el siniestro recuerdo de lo que nunca ha de volver porque no puede ni debe volver».

La virulencia del lenguaje anuncia la violencia que vendrá. Lo importante es comprender cómo pudo acumularse tanto dolor y tanta rabia. Cómo pudo generar el

Perú de los años 80 un ejército de «cazadores de cabezas» después del cual no volverá a ser lo que era, esperemos que para bien. Durante la década de 1980 este fundamentalismo se va a desarrollar a lo largo de tres líneas entrelazadas: culto a la muerte, abolición del ego y exaltación del líder.

El culto a la muerte se exagera en cada nueva etapa de la «guerra popular». Como anota Gorriti, en 1982 Guzmán señala la necesidad de pagar «la cuota» (de sangre) necesaria para el triunfo de la revolución. A partir de 1989, cuando SL se propone alcanzar el «equilibrio estratégico», comienza a hablar del millón de muertos y de la conveniencia de un «genocidio» para alcanzar ese equilibrio. El culto se facilita por la negación de la individualidad y, por tanto, del valor de la vida de los militantes, que deben «llevar la vida en la punta de los dedos», estar dispuestos a «pagar la cuota» y «cruzar el río de sangre» necesario para el triunfo de la revolución. Ya en los tres textos mencionados se advertía una voluntad rabiosa de obliterar la individualidad, vinculada por cierto a la visión teológica y predeterminada de la historia. En «Las dos banderas», esta voluntad que lleva a la necesidad de unirse al carro de la historia, que es el carro de Guzmán, se expresa en frases de raigambre bíblica: «El proletariado es la hoguera, un pedazo de su chispa somos nosotros... ¿puede una chispa levantarse contra la hoguera? Las chispas no pueden detener las llamas... Necio es querer destruir la materia. ¿Cómo los granos podrían detener a las ruedas del molino? Serían hechas polvo». En los «Tres capítulos de nuestra historia», el futuro imaginario adquiere ribetes de ciencia ficción: «Ubiquémonos en la segunda parte del siguiente siglo, la historia estará escrita por nosotros y los que sigan con nosotros, los futuros comunistas, porque somos inagotables; y vendrán otros y otros, y los que viene son nosotros».

El futuro es un nosotros total. Más que en la iglesia católica concebida como el cuerpo místico de Cristo, como en Gaia, el planeta donde se ubicaba la Segunda Fundación de las novelas de Asimov. Pero al mismo tiempo, en ese gran Nosotros unos son «más iguales» que otros. Se trata del caudillo cuyo ego es exaltado a través de un culto a la personalidad inédito en la historia². Demos sólo un ejemplo: desde principios de 1980, los militantes deben firmar una «carta de sujeción» no al partido ni a la «línea revolucionaria», sino al «presidente Gonzalo». Ya en «Las dos banderas», Guzmán había explicado esta evolución recurriendo a un tema musical de Beethoven, prohibido en China durante la Revolución Cultural:

«La IX Sinfonía tiene una característica: un leve rumor creciente y se va forjando una luz hasta estallar en explosión musical. Entra la voz humana, la voz de la masa

²Recuérdese que en el caso de Stalin y Mao ese culto se desata después de la toma del poder.

coral, es la tierra que se convierte en voz; sobre fondo de masa coral cantan cuatro individuos, la masa genera esas voces que cantan más alto, pero hay una voz que debía llegar más alto aún. Nunca antes nadie la pudo cantar, pero en este siglo se logró luego de muchos intentos y lo que era imposible se consiguió».

Es claro que Guzmán se identifica con esa voz que logra «llegar más alto aún». En la persecución obsesiva de ese sueño, en medio de un creciente río de sangre el caudillo-maestro se va transformando en maestro-mesías. Las referencias a Mariátegui desaparecen. El «presidente Gonzalo» se convierte en «el más grande marxista-leninista-maoísta viviente», «la cuarta espada del marxismo» después de Marx, Lenin y Mao, el solista de la IX Sinfonía, que toma la posta allí donde Mao resultó derrotado y es capaz de emitir el do de pecho que transformará el mundo. Ese es el personaje que ha caído preso. Figuras como esa no brotan como la mala hierba o como los hongos después de la lluvia. En este caso la frase cliché «deja un vacío muy difícil de llenar», debe ser tomada al pie de la letra.

Epílogo

A fines de julio de 1992, luego del «paro armado» que conmocionó Lima, todas las células de SL celebraron con un brindis la consolidación del «equilibrio estratégico» en su guerra contra el «viejo Estado». El ánimo en las filas senderistas no podía ser mejor. El equilibrio estratégico remecía el país, especialmente Lima que esperaba sumida en una suerte de parálisis fatalista la nueva ofensiva programada para octubre-noviembre.

Entonces, súbitamente, Abimael Guzmán fue capturado. Un conjunto de agravantes convirtieron su caída en un golpe devastador para SL. El endiosamiento del líder, el momento y la forma en la cual cayó preso: en vísperas de la gran ofensiva sobre Lima, sin disparar un tiro, con varios dirigentes del Buró Político del Comité Central y con importantes archivos del «nuevo Estado». Por primera vez desde 1983, el Estado recuperaba la iniciativa táctica.

Sin embargo, SL no está totalmente derrotado. Eso dependerá en mucho de lo que hagan los otros actores. Y aquí el gobierno sigue exhibiendo el enorme Talón de Aquiles de su autoritarismo. SL sólo podrá ser definitivamente vencido si es aislado socialmente a partir de la construcción de instituciones democráticas sólidas: un Estado moderno y solidario, gobiernos locales eficaces, partidos políticos renovados, sociedad civil fortalecida.

Mientras tanto, los fieles continuarán luchando. Pero es muy probable que entre el Pueblo del Libro se abra un período de lucha por la interpretación del pensamiento del cosmócrata. Y es casi imposible que en el lapso de sus vidas encuentren a la «quinta espada del marxismo», en el Perú o en cualquier parte del mundo.

*Utilizo estos conceptos de David Aptes: «Democracy, Violence and Emancipatory Movements. Notes for a Theory of Inversionary Discourse», documento presentado al Grupo de Trabajo sobre Violencia Política de la UNRISD, Ginebra, 1992.

Referencias

*Aptes, David, DEMOCRACY, VIOLENCE AND EMANCIPATORY MOVEMENTS. NOTES FOR A THEORY OF INVERSIONARY DISCOURSE. - Ginebra. 1992